

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

A. Hamon

La evolución de la idea de patria

La idea de patria presupone la solidaridad, la unión, la asociación entre individuos. La idea de patria implica la de colectividad. En efecto, no podemos concebir, y creemos que nadie la concebirá, la patria reducida á un individuo. La patria, por consiguiente, es un conjunto de seres, una resultante cuyos componentes son los individuos. Para que estos individuos puedan juntarse y dar nacimiento á la resultante patria, es necesario que tengan caracteres comunes, una relación de naturaleza que una, asocie á estos individuos. No podemos concebir que haya seres que se agreguen, se compongan para engendrar una asociación, una colectividad, una resultante patria, sin que posean caracteres comunes.

Estos primeros caracteres comunes fueron ciertamente el lugar de nacimiento, ó mejor, la agrupación en medio de la cual el sér nacía y se desarrollaba. La primera patria fué la horda, la tribu, el clan. La vida en común desarrolla una comunidad—acrecentada por los lazos de la sangre—de costumbres, de hábitos, de lengua, de sensaciones, de sentimientos, que hace que los humanos sean solidarios unos de otros. Son los miembros de un mismo cuerpo, agre-

gado de individuos. En la horda, en la tribu, en el clan, se sienten solidarios unos de otros.

Con relación á las tribus vecinas se sienten diferentes, casi de otra naturaleza, viviendo alejados, no teniendo más contacto que el de las disputas y la guerra. Hábitos, costumbres, lenguas, sentimientos y sensaciones son desemejantes. Son el extranjero, el enemigo. La patria es la horda, la tribu, el clan.

Poco á poco, andando el tiempo, cuando el hombre pasó desde el estado de cazador al de pastor y del de éste al de agricultor, se formó la ciudad.

Entonces esta ciudad fué la patria. El extranjero, el enemigo, fué el que no formaba parte de esta ciudad. El número de individuos que participa de los caracteres comunes ha ido aumentando; la solidaridad se extiende sobre una área mayor, pero su intensidad ha disminuído, motivado por haberse formado en la ciudad clases y castas diferentes. La patria es más grande, más amplia, pero el sentimiento patriótico es menos potente, porque hay menos necesidad de ser solidario.

De la civilización van naciendo sin cesar nuevas necesidades; el comercio se desarrolla, y en consecuencia, se mul-

tiplican los contactos entre las ciudades vecinas. Se conocen mejor, se odian menos, hasta se aman. Las diferenciaciones de las costumbres se atenúan; las lenguas se penetran mutuamente; los intereses se solidarizan en algunos casos; y la alianza, la unión, se forma más tarde.

El pequeño Estado acaba de nacer; una nueva patria resulta de este nacimiento, patria de mayor territorio, con un mayor número de individuos. En este Estado, las costumbres, los hábitos, las lenguas, los sentimientos, tienden á unificarse, á ser semejantes en el Norte y en el Sud, en el Este como en el Oeste. La solidaridad disminuye de intensidad.

De la extensión de los conocimientos humanos, del comercio, de la industria, nacen nuevas necesidades que conducen á viajar, á trabar más frecuentes relaciones con el extranjero. De los contactos entre pueblos enemigos resultan guerras y devastaciones. Los pueblos se penetran mutuamente, tienden á diferenciarse cada vez menos. Se forman nuevas alianzas y nuevas uniones. En virtud de ellas se realiza la agregación de los pequeños Estados en otros mayores. Las conquistas contribuyen en ello por gran parte.

Una nueva patria ha nacido. Superficialmente es más grande que las anteriores, contiene más individuos que las precedentes. La solidaridad abarca un mayor número de seres, pero es menos intensa. Como todos los hombres de esta patria no tienen relaciones diarias entre sí, ni viven en el mismo lugar, ni se conocen apenas, no se sienten exactamente semejantes, por más que las diferenciaciones se hayan atenuado considerablemente. El lazo de la solidaridad existe, pero es más flojo porque abarca más seres.

Estamos actualmente en este estado de la evolución y ya se dibuja vigorosamente el *processus* que conducirá la humanidad á un estado tendiendo sin ce-

sar á la uniformidad entre todos los humanos.

Actualmente, en nuestras grandes patrias, todo tiende al internacionalismo, es decir, á la solidaridad entre las naciones, al amor de los hombres, sean cuales fueren sus costumbres y el lugar de su nacimiento.

En efecto, la humanidad camina hacia una homogeneización cada vez mayor. A este objetivo concurren todos los descubrimientos del humano espíritu. Los telégrafos, los teléfonos, rodean el globo de múltiples hilos; los ferrocarriles cruzan la tierra en todas direcciones; los buques recorren todos los mares; la bicicleta, ayer nacida; el automóvil, que enseña sus primeros pasos; el globo dirigible, que mañana volará por el espacio, todo esto, disminuyendo las distancias, haciendo que los pueblos se penetren, suprime las fronteras, hace desaparecer las diferencias, asimila las semejanzas.

Las ideas se cambian: los libros, las revistas, los periódicos, no quedan en su patria de origen; traducidos ó no van por todos los lugares llevando sus pensamientos. El europeo de dos siglos atrás no se cuidaba de lo que pasaba en la China, y hoy se interesa por lo que ocurre en todas partes. Nuestros periódicos nos dan telegramas de lo que pasa en Australia, en la América del Sud, comarcas por cuya situación no se hubieran interesado nuestros abuelos.

Gracias al comercio y á la industria, actualmente, un habitante de Burdeos ó de Saint-Malo está más afectado por lo que pasa en Rio Janeiro ó en Terranova, que por lo que pasa en Carpentras ó en Landerneau, que está á pocos pasos. Un suceso europeo halla eco en América, provoca un fenómeno que afecta á Australia, y de esto resulta una nueva resonancia en Europa.

Si consideramos las artes, las ciencias, las letras, el mismo fenómeno vere-

mos que se produce. El cambio es cada día más frecuente; las relaciones de los artistas, de los sabios, de los literatos son cada vez más numerosas por encima de las fronteras.

La literatura francesa está influida por los rusos Turgueneff, Tolstoi; por los escandinavos Ibsen, Bjornson, y á su vez influye sobre las literaturas española é inglesa. Nuestros pintores enseñan á los ingleses y americanos y nuestros impresionistas son productos más ó menos alejados de Turner. En los laboratorios de nuestros químicos y de nuestros físicos estudian los sabios de todos los países y los nuestros van á estudiar á los laboratorios de otras patrias.

Hay en estos cambios mutuos un entrelazamiento tal que ya es difícil determinar la parte que á cada uno corresponde. Por lo demás, poco importa, pues la obra de homogeneización, de amor, se efectúa bajo estas múltiples causas. En el inmenso laboratorio terrestre se elabora poco á poco la unión de todos los pueblos, el amor á todos los hombres sin distinción.

En esta obra que preconizaba Jesús predicando que todos los hombres eran hermanos, en esta obra que predijo Littré cuando escribió que el porvenir pertenecía al cosmopolitismo, en esta obra que afirmó Chevreul diciendo: «Las naciones están destinadas á fundirse para formar una sola que derribará las fronteras», en esta obra, repito, trabajan hasta el ejército y la banca. El ejército reuniendo hombres de lugares, clase, y castas diferentes, influye unos por los otros, los asimila. La banca, acrecentando las relaciones entre pueblos, provocando trabajos en países extranjeros, hace que los hombres sean menos semejantes. Y estas potencias, por tantos otros aspectos nocivas, concurren á la formación del internacionalismo que, extendiendo la solidaridad á todos los hombres, provocará la desaparición de

los ejércitos, y, por consiguiente, del sistema capitalista incluyendo la banca.

El internacionalismo es la unión de todos los pueblos. He aquí el lejano objetivo hacia el cual tiende la humanidad; pero antes será necesario pasar por la unión de todos los pueblos de un mismo continente, después por la unión de los pueblos de una misma especie, y por último, por la unión de todos los hombres independientemente de las razas y de las especies.

El *processus* de los fenómenos sociales traerá inevitablemente el internacionalismo; todas las fraseologías declamatorias no cambiarán en nada esto. Ser internacionalista es querer que el amor una á todos los hombres, en lugar de ver como el odio los separa; ser internacionalista es pedir la unión entre todas las naciones, no la absorción de unas por otras más poderosas.

Si la tendencia que nos descubren los fenómenos sociales es la de la homogeneización de los pueblos, el examen de estos mismos fenómenos sociales demuestra asimismo una tendencia á la heterogeneización.

Los hombres tienden á conservar, á desarrollar su individualidad al mismo tiempo que tienden á absorber, á englobar las individualidades vecinas. Lo mismo pasa con las naciones, agregado de individuos. Las influencias sociales, climáticas y telúricas obran según su naturaleza en estos dos sentidos. Los ambientes cósmicos, obligándonos á alimentaciones diferenciadas, mantienen las desemejanzas, mientras que el comercio y la industria, permitiendo alimentaciones semejantes en lugares diferentes, empujan hacia la homogeneización.

Se comprende que las condiciones climáticas, telúricas, sociales, etc., no pueden ser las mismas en todos los lugares; habrá, pues, diferencias entre gentes que vivan en lugares diversos. Irán

atenuándose en lo futuro como fueron atenuándose en el pasado, nadie lo duda, pero durante mucho tiempo, acaso para siempre, continuarán existiendo. El internacionalismo no pelagra en ello; lo que le importa, lo que desea, es la unión de todas las naciones, la solidaridad, el amor á todos los humanos en lugar de la guerra y del odio. Es un nobilísimo ideal. Como ha hecho observar Jules Delafosse, preferir la humanidad á su

patria es tener una comprensión más filosófica y más amplia de la solidaridad. «Hay, ha dicho Mably, una virtud superior á la de la patria, y esta virtud es el amor á la humanidad.»

Profesemos esta virtud, y como Schiller, obremos como ciudadanos del mundo, cambiemos nuestra patria por el género humano, pues como escribió Renan, antes de ser francés ó alemán, se es hombre.

Pedro Novoakow

Ante el porvenir

Cuando el socialismo, monopolizador del dictado de «científico», que reclama, protesta contra la fórmula comunista del reparto, vienen los hechos á confirmar la necesidad de aquella *arelacion* entre las *necesidades* y el *trabajo del individuo*. Hoy aún, el empirismo de la vida nos enseña la futura imposición lógica de la fórmula, «á cada uno según sus necesidades y que cada uno trabaje con sujeción á sus fuerzas»; en el estudio de las presentes y pasadas condiciones económicas de los pueblos se encuentra un fondo, un principio que proclama la distribución puramente comunista del porvenir.

Fijémonos, desde luego, en lo que pasa en un taller, en donde dedicándose todos los individuos al mismo género de trabajo disfrutan de un salario igual.

En la imposibilidad de hacer la medición *exacta* del trabajo, se supone un *término medio*, con arreglo al cual cada trabajador recibe también un salario medio. La oscilación del trabajo individual alrededor de aquel término, alcanzado *teóricamente*, representa una diferencia entre todas las fuerzas individuales de trabajo. De aquí que si á unos les es pagada en *exceso* su fuerza de trabajo (á

los que están colocados por debajo del valor del trabajo medio), lo es, en cambio, defectuosamente á los obreros que se hallan por encima de la cifra media.

Porque no todos los individuos tienen la misma energía muscular, la misma habilidad manual; porque no todos prestan la misma atención á la fabricación del producto que tienen entre sus manos, ni todos ellos aprovechan igualmente el tiempo de jornada, se originan diferencias entre los *esfuerzos útiles* empleados por cada uno de los trabajadores. Á pesar de esto, todos reciben el mismo salario, como si cada uno hiciera un *trabajo* igual al de cada uno de sus compañeros.

Á no ser que entre los obreros haya algún *holgazán* manifiesto, el propietario no toma medida alguna contra los que caen por debajo del nivel medio. Todo lo más que sabe decir es que «aquel es un hombre de buena voluntad, que hace todo cuanto puede». Y bien: dentro del régimen actual ¿no debe de traducirse esto en la primera parte de la fórmula comunista del reparto? Cada uno trabaja aquí, dentro de la *obligación* del trabajo, con arreglo á *sus fuerzas*, no muy desviadas, es cierto, del nivel teó-

rico impuesto por el capital. Y si bien no pueden satisfacer todas sus necesidades, disfrutan todos un mismo salario.

.En algunas operaciones (la que, por ejemplo, realizan varios obreros encargados de transportar de *mano en mano* un producto determinado) en las cuales cada trabajador realiza el mismo trabajo que todos los demás, parece que el *salario medio* queda destruido para dar cabida á una forma *integral* (1) de salarios. Pero esto no es cierto. Si es verdad que todos los obreros verifican el mismo *trabajo de utilidad*, las energías gastadas no son nunca iguales para cada uno de los distintos individuos. Mientras para el explotador que reconoce igual trabajo útil en cada uno de sus asalariados (pues todos caminan igual número

de veces el mismo número de metros, llevando igual número de piezas) es justo un salario igual para todos, nosotros tenemos que tener presente que la energía empleada por cada obrero es distinta, pues son distintas también sus condiciones fisiológicas, es decir, *que si el trabajo útil es el mismo, es distinto en cambio el esfuerzo de trabajo*. Existe, pues, aquí un *salario igual pagando diversos esfuerzos de trabajo*.

Queda demostrado que en la sociedad de hoy se reconoce, dentro de los límites impuestos por el egoísmo capitalista, la primera parte de la fórmula comunista del reparto. La segunda parte está reconocida al conceder, al trabajador que realiza un trabajo menor del *medio*, el derecho de gozar de un salario igual á *aquel otro* que hace una utilidad mayor que la señalada por la cifra media teórica del trabajo.

(1) Para simplificar el asunto, hablamos como si, en realidad, el obrero recibiera el valor *medio completo* de su trabajo *individual*.

Alfredo Calderón

Solidaridad

¿Qué pedían los obreros ferroviarios declarados en huelga en Madrid? ¿Aumento de salario? ¿Disminución de horas de trabajo? ¿Mejora de su triste y precaria condición? No; reclamaban humanidad y justicia para los trabajadores de Villanueva de las Minas. En defensa del derecho de esos hermanos del trabajo á quienes ni siquiera conocen, comprometieron su pan y el de sus hijos. Las mujeres alentaban á los hombres en su actitud, ellas, las pobres víctimas sobre las que gravita más duramente el peso de todos los sufrimientos y de todas las privaciones. ¡Hermoso ejemplo de fraternidad! ¡Cuán ufana se mostraría la religión que acertase á inspirar en nuestros días actos de abnegación tamaña!

Es el socialismo por naturaleza soli-

dario. La necesidad de una acción común viénele impuesta, así por la lógica de sus principios, como por las exigencias mismas de la lucha en que está empeñado. Sin ella la contienda entre el capital y el trabajo, tal como uno y otro se hallan al presente constituidos, sería una contienda imposible. El capital es el señor; el trabajo es el siervo. El capital espera; el hambre no. El capital cambia de aplicación á arbitrio de su dueño; el trabajo queda abscrito á la servidumbre del oficio. El capital inactivo se conserva y aun se acrecienta; el trabajo inactivo perece. El capital alimenta al capitalista; el trabajo sin el capital no alimenta al trabajador. El capitalista resiste la crisis; el trabajador perece en ella. El capitalista arriesga en

la lucha su fortuna; el trabajador su existencia. Sólo la potencia que nace de la comunidad del esfuerzo puede sostener al más débil en esta lucha desigual.

Bajo este aspecto de la solidaridad, nada tan radical como el contraste que ofrecen los dos campos. La sociedad burguesa, nacida de la revolución política, es por esencia insolidaria. El último de los tres lemas que constituyeron el programa del 89, la fraternidad, ha quedado reducido á una optación lírica del humanitarismo retórico. El liberalismo abstracto ha engendrado la apoteosis del individuo autónomo, soberano, aislado en la sociedad, centro del universo; principio y fin de todo lo humano; *el único* de Max Stirner. Toda la obra revolucionaria consintió en desatar ligaduras, romper vínculos, suprimir trabas. Todo el ideal sociológico burgués ha estribado en lograr la menor dosis de sociedad posible. Y así se advierte por igual en leyes y costumbres; no sólo en esos Códigos civiles, á todos los cuales es aplicable la crítica de Renan cuando acusa al de Napoleón de estar hecho para un individuo que naciera expósito y muriera célibe, sino en las relaciones todas de la vida, en las máximas como en las mínimas, en las públicas como en las privadas, desde la deleznable trabazón y disciplina de los partidos hasta las asociaciones de puro placer y pasatiempo; desde los flojos vínculos de esta efímera familia contemporánea hasta los de la nacionalidad, la amistad, la clase, la profesión, el compañerismo. El espíritu que anima á la sociedad en que vivimos es un espíritu disolvente. Diríase un cuerpo cuyos átomos estuviesen dotados de una fuerza de reciproca repulsión.

Desde hace casi medio siglo apenas ha habido sociólogo ni publicista que no haya advertido y deplorado esta tendencia antisocial de nuestra civilización. La revolución, que destruyó las antiguas

organizaciones, no supo sustituirlas. Sin duda los hombres se agrupan, se conciertan para el logro de fines comunes, pero todos los lazos que entre ellos anuda el albedrío son inestables, débiles, precarios, como la comunidad de los socios de un mismo casino ó de los miembros de una sociedad por acciones. Tanto y tan bien ha predicado el economismo la armonía de los intereses que el individuo se ha dado á pensar que, trabajando en su provecho, cumplía sus deberes sociales. Nada de sujeción, nada de subordinación, nada de sacrificios á fines é ideales comunes. Cada uno para sí y la libertad para todos.

Sin menospreciar la libertad, el trabajador sabe á sus expensas lo que esa libertad en la práctica vale para él y significa. En la actual organización económica solo el rico es verdaderamente libre. Solo él se halla emancipado del imperio de la necesidad que se traduce para el pobre en servidumbre y vasallaje. La disciplina, más que militar, que imponen las exigencias de la grande industria, aleja toda idea de libertad é independencia en el trabajo. Así no es maravilla que estos siervos de la moderna organización social, que apenas conocen de la libertad más que el nombre, se hallen propicios á aceptar y sufrir los vínculos corporativos. Lo que al burgués parecería esclavitud es para el trabajador instrumento de redención. Habiéndolo á más duro yugo, soporta fácilmente el que impone la solidaridad. No existe lucha sin ejército ni ejército sin disciplina. Enfrente de la sociedad burguesa, á pesar de sus apariencias de ordenancista prácticamente anárquica, al cabo la organización dará al obrero la victoria.

No hay que idealizar las cosas; aparte la razón y la justicia indudables, indiscutibles que asisten al trabajador, en la lucha entre trabajo y capital se hallan frente á frente dos intereses y si se

quiere dos egoísmos. Pero el egoísmo burgués se traduce en aislamiento, insolidaridad, ruptura de los lazos sociales, exaltación fuera de toda medida del yo absoluto; es el egoísmo del fuerte que se basta á sí mismo y vive para sí. El egoísmo obrero conduce á la comunidad del esfuerzo, al mutuo auxilio en la lucha, al sacrificio ejercido á título de reciprocidad; es el egoísmo del débil que siente su flaqueza y sabe que su salvación depende del concurso ajeno. Buscando su particular provecho este nuevo elemento, que nace ahora á la vida, restaurará sin duda el quebrantado espíritu colectivo. ¿Qué importa que sea su móvil el egoísmo? El mero instinto sexual ha

engendrado el amor y la familia. La necesidad de la defensa personal dió quizá origen á la sociedad política. La historia suele purificar así los sentimientos y convertir en oro el barro de nuestras pasiones.

De ahí puede esperarse algo; del egoísmo antisocial nada hay que esperar. Si la paz ha de substituir á la guerra y la cooperación á la competencia y la fraternidad á las brutalidades de la lucha vital, de fijo no son los llamados á operar el milagro esos ególatras de la burguesía que, creyendo bastarse á sí mismos, erigen su pequeña persona en cúspide de la realidad y centro dinámico de la gravitación del mundo

De La Publicidad, Barcelona, 1904.

René Chaughi

El espectáculo del sufrimiento y de la muerte

«Complacerse en la desgracia de un enemigo, es un efecto de animosidad, de odio, de temor ó de cualquier otra pasión interesada; pero regocijarse ante los tormentos de una criatura indiferente, extranjera ó natural, de la misma especie ó no, amiga ó enemiga, conocida ó desconocida; contemplar curiosamente su sangre, extasiarse en su agonía, es una satisfacción sin interés, y por esto esta inclinación es monstruosa, horrible y totalmente desnaturalizada.»

SHAFTESBURY.

Essai sur le mérite et la vertu.

Cuando de negación en negación se ha hecho tabla rasa de todos los prejuicios en que se funda la moralidad actual, se llega á un punto en que la duda no está permitida, en que el escepticismo más refinado pierde sus derechos: el sufrimiento. Cuando habiendo eliminado del cerebro todo lo que es convención, se busca en el universo y en el individuo una base real en que se pueda asentar una moral indiscutible, hallamos este principio, de una generalidad suficiente: el respeto al sufrimiento.

Fuera del sufrimiento, yo creo que de todo puede blasfemarse: del amor, de la ciencia, del arte. ¿Pero quién osará sostener que el sufrimiento no es respetable? Fuera del dolor, todo es más ó menos ficticio: el honor, la virtud, la probidad... Únicamente el dolor es real. En su nombre los espíritus generosos de todas las épocas se han rebelado contra las maldades de los grandes y las injusticias de los códigos. De la presencia ó ausencia del dolor depende la desgracia ó la felicidad definitiva de nuestras existencias

pasajeras. El dolor es superior á la misma muerte, que solo se teme por el dolor que la antecede. Nos resignamos á morir, pero no nos resignamos jamás á sufrir.

La muerte y el sufrimiento me aparecen como los dos problemas que con más tortura se plantean al pensamiento humano. Por ínfimo que sea el ser que ellos hieran, la piedad nos invade. ¿Acaso no representan un grave atentado á su libertad, á su goce? Todo aquel que reflexiona se aparta de ellos con horror y se esfuerza para evitarlos á los que le rodean.

No ignoro que en la naturaleza no hay nada absoluto, que todo es complejo y contradictorio. La vida necesita de la muerte, y el bien de unos necesita á veces el mal de otros. Las existencias no se mantienen ni aumentan sino á costa de existencias. Solamente nuestra respiración aniquila, cada segundo, millones de animálculos; cada paso nuestro aplasta innumerables insectos en la hierba. Abstenerse rigurosamente de matar sería nuestro suicidio inmediato; es natural en el sér que persista en ser. El derecho de salvaguardarse es imprescriptible: todos los hombres han admitido siempre el caso de legítima defensa. Destrozar á las fieras que sin esto nos devorarían, bien; matar para alimentarse, sea también; por más que yo no creo que la carne sea un alimento indispensable. En rigor, hasta admito la vivisección, á pesar de que confieso que no pienso en ella sin angustia. Hay en el mundo una suma de dolor que seguramente no se suprimirá totalmente jamás, pero que, por lo menos, se puede procurar aminorarla. En todo caso, es del deber de todo hombre que aspire á dejar de ser bruto no aumentar esta suma fatal de sufrimiento que exige el funcionamiento de la vida.

¿Pero aquel que mata para distraerse, que inflige una tortura para pro-

curarse un placer, que calificativo le daremos?



Ábrese la puerta del toril y el toro, robusto y fiero, se precipita en la plaza. Lo que primero solicita su atención es el grupo del caballo y el picador. Aquél con los ojos vendados, armado éste de la pica. El caballo no puede ver venir al animal furioso, ni tiene tiempo para defenderse. Los acerados cuernos del toro se hunden en su cuerpo, le destrozan el pecho ó le abren el vientre; lo levanta un momento en el aire y arrójaló al suelo donde rueda con el jinete. Cuando las capas distraen al toro y se lo llevan, ya éste ha tenido tiempo de encarnizarse con aquella pobre bestia moribunda, que á pesar de su agonía, tiene que levantarse de nuevo hostigada por los garrotazos que le propinan los *monos sabios*. De su vientre abierto penden los intestinos que se balancean chorreando sangre á cada paso del caballo. Es un espectáculo nauseabundo. Á veces, el animal cae nuevamente, otras se pisotea, como pude ver, sus propias entrañas. La sangre corre á lo largo de sus piernas, los cuernos del toro chorrean. Á pesar de esto, sube de nuevo el picador á caballo y se dirige otra vez en busca del toro. Lo mejor que puede ocurrir es que á este segundo ataque muera el cuadrúpedo, de lo contrario el espectador tiene que contemplar los espasmos de la pobre bestia á la que la puntilla sacude dolorosamente. Toros hay que tumban cinco y seis caballos entre los gritos y los aplausos del público, que aun pide más. Es una pequeña muestra de lo que debe ser una batalla. Hombres, mujeres y niños contemplan esta escena sin conmoverse lo más mínimo. Por lo demás todo pasa sin faltar á las conveniencias. La sangre de las víctimas no tarda en desaparecer á los ojos de las damas bajo una capa de serrín.

No creo engañarme si afirmo que los caballos insuficientemente destripados salen de nuevo recosidos á la plaza, pues me acuerdo de uno que con el vientre enormemente abultado daba una idea de tripas forzadamente introducidas dentro. Los aficionados disculpan este exceso de barbarie cargando el muerto al empresario que tiene un interés en ahorrar sus caballos. Es posible, pero esto es cuestión de más ó menos y no quita que la barbarie exista.

¿La razón de estas hecatombes? Salta á la vista. Se trata de fatigar al toro, sin lo cual es posible que los lucientes toreros no saldrían bien parados de su empuje y bravura.

Respecto al toro, primero es la pica que le ensangrienta y destroza á veces la espalda. Destrozo hay de estos que permiten estudiar anatomía sobre lo vivo, lo cual no deja de ser, á fe, otro repugnante espectáculo. Discúlpalo los aficionados con la poca destreza del picador, al que llenan de injurias y silbidos, pero me parece que estas disculpas no aportan ningún alivio al animal. Por lo general, estas heridas son más modestas. Un simple hilillo de sangre se contenta con correr á lo largo de las costillas de la bestia, que muje y babea.

Vienen luego los banderilleros. Por cuatro veces las banderillas abren nuevos agujeros y quedan hundidas en la llaga á pesar de los esfuerzos del animal para sacudírselas. El hilillo de sangre se convierte en riachuelo, y así espera que toquen á muerte entre los vítores y el griterío de la multitud y los sonos de la charanga.

Con el estoque en una mano y en la otra la muleta, el espada se avanza. Cuando ya ha dado al público bastantes pruebas de su habilidad pasando de muleta al toro y ve á éste inmóvil y sorprendido ante aquella agilidad que le molesta, hunde el estoque en el cuerpo. El animal reacciona ante esta nueva y

más dolorosa herida, quiere sacudirse el estoque, y se precipita, y se para... Si el estoque no está bastante hundido, el trapo del matador conseguirá lo que falte. El toro sigue los estudiados movimientos de este trapo rojo y cada vez que levanta su cabeza ensancha más y más la herida causada por el estoque, hasta que se rinde y tumba entre un mar de sangre arrojada por la boca. Las mulillas se llevan los cadáveres y el espectáculo comienza de nuevo. Y por seis veces consecutivas tenéis ante vuestros ojos tripas y sangre, sangre y tripas. Desde el principio al fin, sin reposo, el sentimiento del dolor os hiela, la idea de la muerte os persigue...



Digan lo que quieran los artistas que sólo se pagan de colores y de líneas, yo afirmo que este espectáculo es feo, feo con la peor de las enfermedades: la fealdad moral.

Sí; cuando sale del toril, lleno de fuerza y de furor, el toro está soberbio; no el caballo, que, esqueleto puro y vendados los ojos, no puede defenderse, y como no hay lucha, es una carnicería nauseabunda lo que se contempla. Á medida que la corrida transcurre el toro es menos bello; se fatiga, sus heridas lo debilitan, y sobre todo, la decepción de las capas, detrás de las cuales halla el vacío cuando creía encontrar un cuerpo, lo embrutece. Ya no embiste sino á raros intervalos, deja que los toreros se le acerquen, le toquen y le insulten; tiene aire de idiota, se vuelve buey; obedece servilmente á la muleta del matador, se para ante éste sin darse cuenta de nada, sin comprender nada; para devolverle un poco de su primera fiereza se necesita la estocada final. Acaso sería bello si pudiese morir en una suprema rebeldía; pero su muerte es triste y penosa, arrodillado ante el espada. No veo sino fealdad en este juego que consiste en tomar una bestia

magnífica y envilecerla poco á poco hasta matarla cobarde y servilmente. Además... Los cristianos arrojados á las fieras ¿no era un soberbio espectáculo? ¿Y una buena batalla? La belleza no es una disculpa.

Por mi parte, yo estoy al lado de todos los que se defienden, sea cual fuere su estructura, y en contra de los que atacan, aunque sean mis semejantes. Y lo declaro sin rodeos: si un toro hubiese corneado y muerto á uno de sus torturadores, acaso mis nervios se hubieran resentido por ello, pero mi razón hubiera quedado plenamente satisfecha. Lo que allí vi traspasa todo lo que de horroroso me había imaginado. Es necesario verlo una vez para sentir con fuerza el odio hacia lo que significa fuerza brutal.

En cuanto á los compañeros — y los hay — que se apasionan por este espectáculo, en cuanto á los rebeldes que no se indignan ante este matadero, no sé qué pensar de ellos, y dudo, dudo...

¡Cómo! ¡Halláis malo que os opriman y vosotros oprimis! ¡Rechazáis el dolor para vosotros y lo prodigáis á otros! Ya sé lo que se responde: «Al fin y á la postre se trata de bestias.» Confieso no comprender. Todos los seres son iguales ante el dolor; todo lo que es susceptible de sufrimiento tiene derecho á nuestro respeto, y no se me alcanza la distinción que se pretende establecer entre los animales y el hombre. ¡Extraños anarquistas estos que tiranizan á seres que han declarado inferiores! Á todo aquel que se complace en maltratar á una bestia yo le niego el derecho de indignarse por los malos tratos que otros á él le infligen. No ama de veras la libertad aquel

que no la hace extensiva á todo lo que vive.

Se alega que estos espectáculos virilizan y que es bueno hacerse fuertes contra el sufrimiento. Bien, sí; el dolor ennoblece, pero es cuando se trata de soportar bravamente el propio dolor y no cuando uno se complace en el de los demás; entonces engendra la indiferencia y el que asiste impasible á los males de un animal no está lejos de ser despiadado ante los sufrimientos de un hombre. Pregunto si no hay una correlación entre este gusto por los espectáculos de sangre y las atrocidades — calientes aun — de un Montjuich? No; la evolución nos conduce hacia la piedad, á la simpatía cada vez más amplia y profunda, y no hacia la insensibilidad de los Pielas Rojas ó de los chauks árabes. De esta clase de valor no carecen los Turcos y los Armenios han podido comprobarlo. Yo protesto con todas mis fuerzas de estos juegos feroces, vestigios, entre otros cien, de nuestra reciente animalidad; pero para su desaparición solamente confío en el tiempo que modifica todas las cosas. Prohibirlos no sería una solución: el escándalo no está precisamente en el sufrimiento, sino en la impasibilidad que lo contempla, y la piedad no se decreta.

Nosotros que tenemos conciencia del mal y nos esforzamos en el bien, seamos avaros del dolor y de la muerte y temamos aumentar, sin una razón plausible, la suma del mal esparcida por el universo. Formémonos una filosofía más alta y más noble para abarcar en un mismo amor, en una misma piedad, todo lo que vive y todo lo que sufre.

Temps Nouveaux, París, Octubre 1897.



Derecho y poder

Vivimos, en efecto, en una época de libertad, donde todo el mundo se apasiona por la libertad. Desgraciadamente la palabra libertad ha sido, hasta el presente, muy mal definida, hasta el punto que dos partidos que preconizan medidas radicalmente opuestas, lo hacen los dos en nombre de la libertad.

Francia nos ofrece en este momento el espectáculo de esta extrañeza á propósito de la ley sobre la enseñanza.

En el fondo, acaso la libertad no es extraña á este debate. Los partidos se disputan el niño, cada uno tiene empeño en modelarlo á su imagen. ¡Pobres políticastros!

Antiguamente el padre tenía, no solamente el derecho de educar á su hijo á su antojo, sino que podía disponer de su vida del modo que mejor le parecía. ¿Impidió esto la evolución del mundo? ¿Impidió que los hijos pensaran diferentemente de sus padres? No. Pueden hacerse cuantas leyes se quiera, en uno ú otro sentido; la Tierra continuará dando vueltas por el espacio, la Humanidad avanzará lo mismo por el camino del porvenir mejor.

Se irá más ó menos á prisa, según que los políticos dejen el camino libre ó lo barran con leyes que violen las leyes naturales. He aquí todo.

La libertad está limitada por las leyes naturales.



Es ya tiempo de que no nos paguemos de palabras. Dijimoslo ya otra vez: «El *derecho* de ser libre no es nada; *poder* ser libre lo es todo. Somos libres de trabajar ó de no hacer nada, de comer

y de beber lo que nos place, de habitar en un palacio ó en un tugurio, de ir y de venir, de pasear en coche ó en automóvil, de hacer esto ó aquello; tenemos, en fin, el *derecho* de hacer una multitud de cosas, pero, en realidad, no las hacemos por razones mil, de entre las cuales la primera es porque no tenemos los medios de hacerlas.

Las libertades que disfrutamos, se dice, las debemos á los legisladores.

Consultad á Spencer, á Comte, á quien queráis, á todos los grandes espíritus que se han ocupado de sociología, y todos os dirán que en todos los tiempos y lugares las leyes fueron siempre fabricadas en provecho de los que las votaron ó de su casta.

Teóricamente, todo el mundo es libre; de hecho, no hay más que la casta de los legisladores que salga beneficiada de la mayor parte de las leyes.

He aquí un ejemplo típico para ilustrar esta verdad.

En Bélgica el servicio militar obligatorio no nos ha alcanzado, como en Francia ó en Alemania. En Bélgica nadie viene obligado á servir, á ir al cuartel. El que saca un número bajo tiene el derecho de poner en su lugar un substituto mediante una cierta suma de dinero.

Y los quintos afortunados, los quintos de la casta legislativa usan generalmente de este derecho libertador. Los quintos de la casta pobre tienen el mismo derecho, pero como no tienen dinero ningún uso pueden hacer de él.

Así, pues, el *derecho de hacer* no significa nada, y únicamente el *poder de hacer* significa algo.

De Le Soir, Bruselas.



Lamentaciones contra el Estado

Ayer de madrugada se hizo anunciar en mi casa un señor á quien no conozco. Á su insistente ruego de ser inmediatamente recibido, pues el asunto, según dijo, no podía tener demora, le hice entrar en mi despacho. Su aspecto rebosaba salud, pero estaba un poco agitado.

—Dipense V. mi indiscreción, me dijo, pero estoy furioso.

—No es nada fisiológico, declaré, que un hombre sano y virtuoso esté furioso de tal modo á una hora tan temprana... Si V. no es un jugador ó un vicioso, forzosamente lo que aquí le trae ha de ser algo muy grave.

—Muy grave, en efecto.

—Diga V., pues, de que se trata.

—Se trata, querido señor, respondió el desconocido con ademán agitado, de que no puedo vivir por más tiempo en este país estúpido y rutinario... Estoy de la Francia hasta la coronilla y me voy á naturalizar Boer, ó Chuan... cualquier cosa.

—¿Pero qué tengo yo que ver en esto y en qué puedo serle útil?

—Vea V.... La señora Séverine está ausente. El señor Bauer ha ido á hacer propaganda artística por las playas meridionales... De las pocas almas generosas, compasivas y vehementes que no temen decir las verdades á una sociedad imbécil y quisquillosa, V. es la única en este momento en quien puedo fraternalmente depositar mis rencores... No le pido á V. dinero ni nada que se le asemeja. Tan sólo le ruego que me escuche durante unos minutos... Luego obrará usted según lo que su justicia le dicte.

—Pues soy todo oídos. Hable V.

Y el visitante habló de este modo:

—Yo habito en los alrededores de Pa-

rís, en pleno campo, á tres kilómetros del telégrafo... De ahí deriva que mis relaciones con París son poco fáciles y me cuestan tan caro como si las tuviere con Nueva-York. Resolví abonarme. ¿Va V. comprendiendo?

—Perfectamente.

—Primeramente me hicieron firmar unos papeles verdes, azules, amarillos, rojos, blancos, una infinidad de papeles impresos, cuyo significado no pude comprender, fuera de que tenía que abonar una cierta suma. La aboné y esperé durante un mes. Como parecióme que me habían olvidado, hice una visita á la administración y les pedí que comenzaran los trabajos de instalación. Me respondieron, «que los comenzarían una vez terminada la información». Chocóme la respuesta. «¿Una información?—díjeles—¿á propósito de qué y sobre qué? ¿Respecto mi moralidad, mi fortuna, mis opiniones políticas?»—«Vamos, señor, usted no es un belga, ni un cafre, ni un matabelo y no debe ignorar que la administración francesa no hace nada sin abrir antes un informe... Esto causa retardos, fastidia á la gente, embrolla las cosas... pero es preciso.» Me resigné y transcurrió otro mes. Nueva visita á la administración. «¿Y esta información?» pregunté. «El informe está terminado... pero el asunto se complica... no estamos de acuerdo con la sección de Puentes y Caminos.»—«¿Con Puentes y Caminos?... Me dejan ustedes turulato... Hagan Vds. el favor de decirme qué relación puede tener los Puentes y Caminos con mi teléfono...»—«Su línea tiene que atravesar un puente sobre el Sena, ¿no es eso? Pues los de Puentes y Caminos se oponen á que pase... ó por lo menos,

estudian la cuestión... Naturalmente no podemos ponernos de acuerdo con ellos ni ellos con nosotros.»—«¿Y esto va a durar mucho?»—«No sé... Dos, tres meses, acaso seis... Puedo citarle un caso muy curioso en que durante quince meses estuvimos ventilándolo con la administración de Puentes y Caminos... ya ve V. si es curioso.»—«¡Pero esto es estúpido y perfectamente inconcebible! ¿No son un servicio del Estado estos Puentes y Caminos?... ¿No lo son también Correos y Telégrafos?... ¿Por qué no han de marchar de acuerdo en todos los asuntos?»—«Pero querido señor y estimado contribuyente, si los servicios del Estado no se disputaran sobre vuestras espaldas, dígame V. ¿qué es lo que harían? Si todo marchara bien, ya no sería administración... Cualquiera diría que viene V. de la China...»—«¡Ojalá me hubiese ido a este país libre y civilizado! Tengá la seguridad de que maldito si me hubieran entrado ganas de volver!» Al cabo de cuatro meses... ¿sigue usted atendiéndome?

—Perfectamente.

—Al cabo de cuatro meses compareció una brigada de obreros que plantaron los postes y tendieron los hilos con una lentitud completamente sabia y metódica... No faltaba sino colocar el aparato que dejaron depositado no sé donde, a tenor de ciertas prescripciones reglamentarias, y de no sé cuales nuevas dificultades que retardaron tres semanas más la instalación... En fin, después de innumerables peripecias é imprevistos, colocaron en casa el teléfono... Esto me costó muy caro... Tuve que pagar la instalación, después el abono mensual, y por último esto que ellos llaman una «interinidad», pues no tan sólo pago el abono, si que también cada comunicación telefónica... seguramente para simplificar la contabilidad y las necesidades burocráticas... Sería, por lo visto, demasiado simple unificar el precio de

abono en una red telefónica... No sería administración, como decía el otro.

—¿Pero ahora su teléfono funciona y estará V. contento?

—No acierta V. ¿No sabe V. lo que me sucede? Es increíble... Pues me sucede que no tengo más que medio teléfono. Quiero decir que cada vez que lo deseo y según la importancia de mi «interinidad», yo puedo comunicar con París pero París no puede comunicarse conmigo. Cada vez que alguien de París pide comunicarse conmigo se le responde: «¿Tiene V. una «interinidad»?»—«No»—«¿No? En este caso, buenas noches.» Y ya puede sonar. Ni siquiera le responden. Y mi teléfono queda silencioso todo el santo día... Mire, lo he transformado en una caja para guardar las cerillas.

Mi visitante se paseaba febrilmente por la estancia.

—Y aun hay más—agregó.—En mi jardín tengo muchas orugas y pulgón. Mis árboles, todas mis plantas están atacadas por toda clase de enemigos invisibles y devoradores contra los cuales no hay más que un medio para luchar: la nicotina. V. sabrá perfectamente que el Estado se ha reservado la fabricación y la venta de esta substancia, y creará que no hay más que entrar en un despacho y pedir: «hágame el favor de un litro de nicotina.» Si así cree, se equivoca. Aquí también son de tal índole las complicaciones que la mayor parte de las veces uno prefiere perder las cosechas antes que exponerse a los pasos a que el Estado obliga. Escúcheme con atención. ¿Quiere V. un litro de nicotina? Pues primero tiene que presentarse en la manufactura de tabacos; allí le pasean y trasladan de oficina en oficina y tiene que justificar como es V. horticultor, agricultor, viticultor ó farmacéutico: las únicas categorías de ciudadanos que tienen derecho a procurarse nicotina. Una vez cumplido este requisito, le entregan un

papel con el cual tiene que presentarse al recaudador de contribuciones indirectas de su municipio. Este funcionario, después de haberle hecho pagar el precio del litro de nicotina, le entrega otro papel y vuelta con él á la manufactura de tabacos de París. Nuevo paseo por las oficinas, para que visen, legalicen, cataloguen, timbren dicho papel por todos lados, de frente, al dorso, de lado, en las puntas... después de lo cual le envían á la calle Nitot, una sucursal, en la que después de haber sacrificado ante todo el ritual simbólico y diabólico, le entregan, por fin, el malhadado litro de nicotina... Tres días de marchas y contramarchas... Y así en todo, mi querido generoso, compasivo y vehemente escritor. No puedo dar un paso, horadar un muro, trasplantar un árbol, transportar tierra, entregarme al acto más simple de la vida doméstica, sin que el Estado intervenga, tan pronto para impedirme hacer lo que quiero como para robarme mi tiempo y mi dinero... Sobre todo este tiempo que se pierde, que no se recupera jamás, y en que nadie piensa... es espantoso.

Intenté consolar á mi visitante y le dije:

—No se aflija V. de este modo... La hora de la justicia social y de la libertad individual sonará pronto... Á Dios gracias, los socialistas ganan cada día terreno... Unos pocos meses, acaso unos pocos días, y entraremos de lleno en la tierra prometida con todos sus goces infinitos... pues V. no sabe, señor, que estos admirables socialistas...

No me dejó terminar. Al oír la palabra «socialista» lanzó un grito de terror y dando un bote en la silla, como gato espantado:

—¡Los socialistas!—gritó—El Estado-panadero, el Estado-sastre, el Estado-quincallero, el Estado-cultivador, el Estado-Todo... Pero V. no habla en serio... Levantarse, comer, trabajar, orinar, hacer hijos á una misma hora, todos, á los toques de una misma campana, al redoble de un mismo tambor... No, no... jamás... Estoy decidido... ya no titubeo... me marchó... voy á hacerme cafre... chuan... cualquier cosa... Adios!

Y desapareció, abriendo y cerrando tan vivamente la puerta, que por un momento creí que había atravesado el muro, como una sombra.

Recibido:

Futur, revista mensual de ciencia, sociología y letras, de Montevideo.



Índice del año primero

	Págs.
ADAM (PABLO). — Fragmento.	144
AYMAMÍ (JOAQUÍN). — Fuego en la fábrica.	287
ALBERT (CARLOS). — Ciencia y Revolución.	358
BÜCHNER (L.). — Un dilema.	21
BURELL (JULIO). — Penumbra.	62
BURGAS (JOSÉ B.). — Durante la Sonata.	77
BAROJA (PÍO). — La Corrala.	103
BAUSÁ (J.). — Teatros.	174
COMAS COSTA (J.). — La agonía de los dioses.	190
Hacia la Individualización.	245
La interpretación de la felicidad.	302
Sobre el Sentimiento.	346
CARLYLE (TOMÁS). — Las dos sectas.	351
CASTELAR (EMILIO). — Fragmento.	366
CALDERÓN (ALFREDO). — Solidaridad.	373
CHAUGHÍ (RENÉ). — El espectáculo del sufrimiento y de la muerte.	375
DARROW (CLARENCE S.). — Crimen y criminales.	75, 91, 109, 125
D. (P.). — El amor del pueblo ruso por su tzar.	211
ENGLAND (STEPHEN). — El Japón.	163, 183
FRANCE (ANATOLE). — La instrucción libertadora.	61
La guerra.	242
FORT (T. T.). — Bellas Artes.	175
FERRI (ENRIQUE). — El Socialismo y los Delincuentes.	341
GONZÁLEZ SERRANO (U.). — Factores del orden jurídico.	21
GIDE (CARLOS). — Un aspecto del capital.	29
GORI (PEDRO). — Guerra á la guerra.	166
GRAVE (JUAN). — Causas y efectos.	263
No temamos la verdad.	323
GORKI (MÁXIMO). — El Hombre.	329
HAMON (A.). — La Libertad.	12
La Evolución de la idea de patria.	369
HEPP (ALEJANDRO). — Caso de conciencia.	206
HÉNAULT (DR. L.). — Reparto colectivista.	325
JACQUINET (CLEMENCIA). — Fisiología general.	4
Desquite proletario.	47
Reflexiones.	56
La primera humanidad.	81
Fenómeno evolutivo.	241
La evolución del clan patriarcal.	284, 289, 305
JÓVENES (CLAUDIO). — La nueva mesa de valores.	39
Comentarios.	85
KROPOTKIN (PEDRO). — Los anarquistas y la Gran Revolución.	199, 228
El ideal anarquista y las revoluciones precedentes.	321
El despertar de los años 1856-1862.	337
La guerra ruso-japonesa.	209
KENNAN (GEORGES). — El tratamiento de los prisioneros en Siberia.	217
LORENZO (ANSELMO). — Esoterismo y Exoterismo.	7
Leyes y legisladores.	37
La Reforma del Código penal.	113
La guerra y la civilización.	150
El Privilegio.	225
Ciencia burguesa y Ciencia obrera.	273
LIDIA (PALMIRO DE). — Incesto.	16, 29
LETORNEAU (CARLOS). — Origen y evolución de la guerra.	27
El porvenir de la literatura.	298
La Sociedad en las hormigas y las abejas.	353
LUBEN (DONATO). — Filantropía mesocrática.	53
El trabajo base social del derecho.	72, 100
Capciosidades.	136
Infundios teológicos.	181, 203

	Págs.
LUBEN (DONATO). — Inconsecuencias.	231
¡Oh, el pasado!	293
El egoísmo.	343
Al volar de la pluma.	356
LONCAO (ENRIQUE). — Las dos tendencias y la legislación social.	121
LE BON (GUSTAVO). — El gran trabajo anónimo de la multitud.	202
Poder creciente de las multitudes.	319
LÓPEZ RODRIGO (A.). — Literatura y Acción.	296
MELLA (RICARDO). — La hipóbole intelectualista.	9
Dos libros.	42
Situación económica de España.	51
La tristeza de vivir.	65
Valor social de Leyes y Autoridades.	141
Las grandes obras de la civilización.	186, 195
El socialismo anarquista.	260, 278
Hacia el porvenir.	291
Idealismos culpables.	317
MAHOUEAU (P. G.). — Primeras manifestaciones de la materia viva.	17, 33, 49
MYRIAL (ALEJANDRA). — Derechos y deberes.	23
MERLINO (SAVERIO). — El lado fósil del socialismo contemporáneo.	57, 68, 86
MALATESTA (ENRIQUE). — El individualismo en el anarquismo.	154, 171
Socialismo y Anarquía.	335, 348, 362
MESNIL (J.). — Los Vulgarizadores.	173
MANOUVRIER (L.). — Antropología de los sexos y aplicaciones sociales.	177
Influencia desmoralizadora de la miseria.	357
MARSILLON (C.). — La raza humana más septentrional del mundo.	257
M. N. (DR.). — Algunas ideas falsas sobre el anarquismo.	311
MIRBEAU (OCTAVIO). — Lamentaciones contra el Estado.	380
NATURA (Grupo editor). — Nuestros propósitos.	1
NOVICOW (J.). — Impotencia del Estado.	265
Paralelismo entre la guerra y el asesinato.	344
NOVOAKOW (PEDRO). — Los presidios intelectuales.	333
Ante el porvenir.	372
PELLICO. — Ciencia y Naturaleza.	138
El Pecado es la Miseria.	251
El Arbitraje.	308
PARTIDOS OBREROS SOCIALISTAS DEMÓCRATAS RUSOS. — ¿Por qué ha de morir el soldado ruso?	220
Al pueblo ruso.	221
RECLÚS (ELÍSEO). — El arte y el pueblo.	92
RECLÚS (ELÍAS). — Fragmentos.	161
REVISTA DE PEDAGOGÍA FISIOLÓGICA Y EXPERIMENTAL. — Similitudes.	116
RAUL (RICARDO MELLA). — Decadencia del anarquismo.	117, 133, 148
READE (WINWOOD). — De la mentalidad humana	193
ROBERTY (E. DE). — Los selectos y el vulgo.	246, 267, 281
RUSKIN (J.). — Sobre la educación.	303
SPENCER (HERBERT). — Salvajismos.	41
Fragmentos.	97
Cada cosa en su lugar.	236, 249
SURIER (ALBERTO). — El arte y la cultura física.	45
SERGI (JOSÉ). — Fragmento.	206
STIRNER (MAX). — La emancipación intelectual.	235
STEPNIAK. — Un documento apropiado.	212
Soir (Le). — Derecho y poder	379
TÉNIB (CARLOS). — Confesión de déspota.	222
TAINÉ (H.). — Por la ciencia á la salvación.	367
UGARTE (MANUEL). — El París honrado.	157
VALLINA (PEDRO). — Crónica científica.	106
VARIGNY (ENRIQUE). — La fragilidad del sexo fuerte.	129
El radium: dos explicaciones de su energía.	145
La Rusia Revolucionaria.	209
Letras de todas partes.	63, 79, 95, 111, 127, 192, 223, 239, 271, 320